

AURELIA CORTÉS PEYRON

Tapetum lucidum II

En la oscuridad perpetua del departamento cada pupila es un túnel negro que al abrirse atrapa una brizna de luz, minúscula, invisible a nuestros ojos. En el fondo, verde, baila un holograma: fuego fatuo.

Cuando se contrae la pupila, las fibras del iris delatan el desgaste, el amarillo desvaído, manchado de pecas como la superficie solar.

A sus diecisiete años, nuestro gato negro, con riñones que ya no filtran las toxinas, una artritis que viaja sin brújula por su lomo y desciende por la cadera, está casi ciego.

De tanto extraerle el filo a la oscuridad.

Detrás de la retina guarda las brasas para encender con una noche la siguiente.

Un resabio de lumbre que sólo puede condensar su cuerpo, materia oscura, vórtex donde el tiempo no transcurre igual.

No transcurre.

Aquel departamento. La veladora de sus ojos. Una galaxia es un gato negro.